

# Un homenaje catalán\*

Gemma Márquez Fernández

PEDRO MOLES, «Don Juan Valera y Alcalá Galiano<sup>1</sup>», *Forma*, n.º. 8, vol. I, (septiembre 1904), pp. 281-310.

\* Cuando en diciembre de 1903 llega a su fin la empresa de *Pèl & Ploma*, el último número de la publicación catalana anuncia la aparición de *Forma*, nueva revista que promete continuar el proyecto de su predecesora con idéntica solidez. Dirigida por Miquel Utrillo e inspirada por un afán de diálogo cultural (desde *Pèl & Ploma* ya se había señalado la buscada validez de su título tanto en catalán como en castellano), *Forma* aparece en febrero de 1904 con una propuesta arraigada en preocupaciones regeneracionistas. El artículo programático con que Utrillo abre el primer número es en efecto un reflejo de esas inquietudes: una sociedad incapaz de construir una visión artística de sí misma acaba siendo reducida al exotismo en la mirada estética extranjera; por lo que la revista nace con la voluntad de ser un espacio en que se encuentren las distintas voces –catalanas, andaluzas, madrileñas, vascas...– que interpretan la realidad española.

Con ese propósito de pluralidad y el deseo de llegar a un público internacional, los ejemplares de *Forma* van apareciendo mensualmente en catalán, castellano y francés. Hasta marzo de 1908, en sus páginas tienen cabida las colaboraciones de Juan Ramón Jiménez, Adrià Gual, Josep Pijoan, Gregorio Martínez Sierra, Joan Maragall y Rafael Doménech, entre otros. Sin olvidar en sus ilustraciones la divulgación del impresionismo francés y estadounidense, (Monet, Morisot, Pissarro, Renoir, Cassatt), la revista de Utrillo mantiene la atención que *Pèl & Ploma* dedicase a la pintura del modernismo catalán –Ramón Casas, Santiago Rusiñol, Joaquim Mir, Alexandre de Riquer...–, e incluye extensos estudios tanto de los clásicos de la pintura española (el Greco, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Goya), como de los pintores contemporáneos que considera intérpretes privilegiados del paisaje español: Pahissa, Sorolla, Beruete y Zuloaga.

En el número que sale a la luz en septiembre de 1904, la dirección de la revista decide homenajear a don Juan Valera con una recensión de su trayectoria vital y literaria. El artículo-homenaje corre a cargo de Pedro Moles, antiguo colaborador de *Pèl & Ploma* que ya en esa misma revista había atendido a la obra del escritor cordobés<sup>2</sup>. Tras una breve noticia sobre la actividad diplomática de Valera, Moles realiza un recorrido por la obra del autor, destacando su amplia formación humanística y dando cuenta de sus aportaciones a los ámbitos de la novela, la poesía, la traducción y la crítica literaria. Junto a los comentarios de rigor sobre el importante papel de Valera en la historia de la crítica española y su original posición en los debates estéticos de la narrativa decimonónica (su desmarque respecto a la narrativa naturalista y su rechazo a cualquier finalidad moral en la creación artística), sobresale sin duda en el artículo de Moles el encarecido elogio a Morsamor, donde se deja ver el marcado gusto fin-de-siècle –comprobable en los relatos orientalistas que Moles escribía para *Pèl & Ploma*– desde el cual se juzga aquí el valor de la obra de Valera.

<sup>1</sup> Véase el retrato (pág. 286), por R. Casas. El presente artículo, es un excepcional homenaje que esta publicación tributa al admirable artista de la forma, en la palabra escrita. (N. de la D.).

<sup>2</sup> Pedro Moles, «Florilegio de poesías castellanas del Siglo XIX», *Pèl & Ploma*, n.º. 89 (enero 1903), pp. 16-22.

En tres suertes de honrosas ocupaciones ha alcanzado renombre el señor Valera: en política, en la diplomacia y en la literatura.

En política ha visto, servido y juzgado a más gobiernos de España, ya de reyes, ya de ministros, ya de otros gobernantes, que no su homónimo Mosén Diego de Valera, hombre de armas y de letras, que fue embajador y censor de tres reyes, de ellos distinguido y de sin cuento de nobles. Favorecieron al señor Valera en su carrera política, los generales Zabala y O'Donnell; el duque de la Torre le hizo merced de una secretaría; colaboró en *El Contemporáneo* con Albareda y González Bravo; fue moderado, aunque defendió en el Congreso por el año 1863, la unidad italiana; tomó parte en las Constituyentes; estuvo en Florencia, junto con otros, para ofrecer la corona de España al príncipe Amadeo de Saboya, fue grande amigo de Cánovas; después de la Restauración militó entre los partidarios de Alonso Martínez, y finalmente en 1881 Sagasta le nombró senador vitalicio.

En la diplomacia empezó su carrera en compañía del duque de Rivas, embajador de España en Nápoles. Después pasó a Lisboa, estuvo en Rusia y Alemania y posteriormente de embajador de España en Lisboa, en Bruselas, en Washington y en Viena. Más se podría añadir a esta fácil recordación de la carrera política del señor Valera, pero por no ser este el lugar, no se pone.

Desde el año 1861 es el señor Valera individuo de la Real Academia Española, a la cual le llevaron su fama de castizo y elegantísimo escritor. En su recepción leyó un discurso sobre *La poesía popular como ejemplo del punto en que deberían coincidir la idea vulgar y la idea académica*, en el que afirmaba que la poesía no debe tener otro objeto directo que la belleza, como fin del arte, teoría que luego explicó largamente en unas muy celebradas lecciones que acerca la Filosofía del Arte dio en el Ateneo de Madrid. Mas no se ha distinguido principalmente el señor Valera como filósofo y tratadista de lo bello, con serlo tan excelente, sino como autor de novelas y cuentos y como sapientísimo crítico, cuyos escritos forman numerosos volúmenes. Partidario el señor Valera del arte por el arte no ha tratado en sus novelas de enseñar nada ni de probar nada, dejando a los sabios y peritos en las ciencias el enseñar a su semejantes y, como dice el señor Valera en el prólogo a una de sus novelas, si alguien deduce consecuencias o moralejas de la lectura de sus libros, él y no su autor será responsable de ellas. Son las novelas del señor Valera, libros de entretenimiento, áticamente escritos, que no desgarran ni apesadumbran el ánimo con narracio-

nes de horribles desgracias o vicios sociales o familiares, ni le encalabrinan con las fórmulas y enseñanzas con que los mixtureros literario-sociológicos pretenden mejorar la humanidad.

El casticismo y hermosura del lenguaje y el donaire delicado y cierta malicia o *humor* fino, son prendas que se alaban en las novelas y cuentos del señor Valera. Mas también se ha pretendido señalar en sus ficciones novelescas el defecto de que sus personajes recordaban mucho al autor, en el sentido de ser poco reales o *vividos*, como dicen, si bien con poco acierto, pues se ha de tenerlas por muy reales y algunas de ellas están trasladadas al papel desde la realidad, y allí por las tierras de Córdoba deben de conocerlas y también en otras, como cuenta el señor Cánovas de la heroína de *Pasarse de listo*, que era una señora honestísima después que se supo que había obligado a su marido a tirarse por el viaducto de la calle de Segovia. Una de las novelas más celebradas del señor Valera es *Pepita Jiménez*, cuyo mérito pregonan las seis o siete traducciones a otras tantas lenguas europeas y sus numerosas ediciones, siguiéndola en celebridad *Doña Luz*, *Las ilusiones del doctor Faustino*, *El Comendador Mendoza*, *Pasarse de listo*, *Genio y figura* y *Juanita la Larga* y no recuerdo si alguna otra fuera de *Morsarmor*, su última novela, publicada en 1899, que es, sin duda, el libro mejor escrito en castellano de dos a tres siglos acá, y además una de las mejores novelas de su autor y de la literatura española, no sólo de estos tiempos sino de la edad de oro. Nárranse en *Morsarmor* las transformaciones algo maravillosas y los trabajos del orgulloso y sediento de poder y gloria Fray Miguel de Sueros, el hombre de todos los días, que se desvive por alcanzar lo que está fuera de él, olvidando lo suyo propio que no es tan pasajero ni mudable, para llegar a la famosa *reconciliación suprema* y repetir con el sabio «que ni la carrera es de los ligeros, ni la guerra de los fuertes, ni el pan de los sabios, ni las riquezas de los doctos, ni la gracia de los artífices, sino el tiempo y la casualidad en todo».

No son menos celebrados que las novelas del señor Valera sus cuentos, algunos de los cuales son perfectísimos de lenguaje y construcción literaria, *verbi gratia*: *Asclepigenia*, *Parsondes* y *Gopa*, y sus poesías y sus trabajos críticos.

De las poesías originales ha dicho con gran verdad su autor, el señor Valera, que aun, con todas sus faltas, valen lo que vale su prosa y en ellas está en germen, en cifra, en lírico y conciso resumen, todo lo que ha sentido y pensado más tarde con mayor amplitud. Son ver-

sos no vulgares, sino poesía sabia, de tan variado y profundo origen como lo es la cultura de su autor y que encierran, como también las poesías del señor Menéndez Pelayo, continuas alusiones mitológicas, históricas, etc., sin que dejen de ser producidas por la más alta inspiración. Goethe decía de sus obras, y aquí viene de propósito hablando de las poesías del señor Valera, que no serían populares, porque no estaban escritas para la muchedumbre, sino para aquellos hombres que deseaban y buscaban lo que él había deseado y buscado, siguiendo la misma senda que él. Debidos a los vastísimos conocimientos lingüísticos del señor Valera, son los clásicos trasladados al castellano de numerosas poesías de celebrados poetas extranjeros, la traducción de la obra de Schack, sobre la poesía y arte de los árabes en España y Sicilia y, sobre todo, su espléndida versión de las pastorales de Longo o *Dafnis y Cloe*.

En la crítica literaria goza también el señor Valera justísima nombradía. Las disertaciones y trabajos críticos que ha publicado son numerosos, y algunos de ellos constituyen obras importantísimas para la historia crítica de la literatura española. Figuran en ellos como principales, el discurso leído en la Real Academia Española en 1864 *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*, que es el mejor estudio crítico que se ha escrito hasta hoy acerca de tan famoso libro, sin rebuscamientos de ocultos fines, ni explicaciones de las complicadísimas venganzas y demás que se han atribuido a Cervantes, sino poniendo bien en claro lo que se quería obscurecer, es decir, que no tuvo otro intento Cervantes que el de *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*, si bien lo inmortal y grande del Quijote está por cima de dicho intento y nacido de la inspiración inconsciente de Cervantes, que no se daba cuenta de que al escribirle, en vez de repetir las censuras que sobre los libros de caballerías habían escrito otros ingenios españoles, parodiaba el espíritu caballeresco, confirmándole en el mejor libro de entretenimiento que ha producido la humanidad. Son también notables estudios críticos del señor Valera sus *Cartas americanas*, lo que ha escrito *Acerca de la originalidad y el plagio*, referente a la *Libertad en el arte*, *Sobre el Fausto de Goethe*, su opinión acerca de Leopardi, los artículos que aparecieron en la *Revista de España* sobre el arte de escribir novelas, en los que impugna de una manera donosísima y con buena copia de sólidos razonamientos, la teoría artístico-literaria que se apoya en el más grosero materialismo, que destru-

ye toda poesía y que hace del arte de escribir novelas un apéndice de la medicina experimental, y otros muchos de largo enumerar.

Últimamente ha publicado el señor Valera, cuatro tomos del *Florilegio de la poesía lírica castellana en el siglo XIX*, que ha prometido terminar en un quinto y último tomo. Este *Florilegio* es por los prólogos y estudios de poesías que contiene, un libro de una riqueza y madurez de juicio imponderables, superior en crítica artística a la obra del Marqués de Valmar sobre la poesía lírica del siglo XVIII en España, y que constituye el más serio trabajo crítico que se ha publicado acerca de la poesía lírica española moderna, desde los Moratines hasta nuestros días. Los capítulos referentes a los románticos son muy importantes, por tratarlos su autor con singular aprecio.

Largos años viva el señor Valera para que su vigoroso y sereno espíritu nos dé más obras que aplaudir y deleitar para nuestro bien, que su gloria ya no hemos de labrarla nosotros sino que como el poeta latino, puede decir el señor Valera:

Exegi monumentum aere perennius  
 Regalique situ pyramidum altius,  
 Quod non imber edax, non Aquilo impotens  
 Possit diruere aut innumerabilis  
 Annorum series et fuga temporum.  
 Non omnis moriar...<sup>3</sup>

<sup>3</sup> El poeta latino aludido es Horacio, y los versos proceden de sus Odas, III, 30.



Juan Valera en su madurez